

*(que nadie escriba una línea sobre mi)*

Nuria Amat

Si de amor también se muere ella formaba parte de una clase de suicidas que se quitan la vida menos para morir que para huir de la confusión de sus días. Quería que el amor fuera el centro de la vida. Pensando así nunca podía ir hacia delante.

La información interior anunció que ya lo había probado en otras ocasiones y que en el último momento alguna cosa mal resuelta en su estrategia suicida hacía que fuera salvada del delirio. La información exterior no estaba al tanto de lo que sólo conocían familiares e íntimos. Que lo había intentado otras veces se supo luego, cuando ante lo que ya no tenía remedio, las voces amigas cantaron la verdad.

En una ocasión, buscó un hotel no lejos de su casa. Encendió la luz del techo y, como abrigo que se desploma, dejó caer su cuerpo sobre la alfombra del cuarto anónimo. Aquella tarde, en su cita programada con la muerte, hubo un cabo suelto que la delató y cuando llegaron a buscarla, allí estaba ella con la mitad de la vida en una mano y en la otra, el teléfono de nadie. El esfuerzo por salvarla hizo pensar en el auxilio de un naufrago que se ahoga. Ella se hundía. No hubo sangre. Vomitó.

Sus llamadas suicidas tenían aire de invitación festiva. Organizaba los preparativos presa de un entusiasmo frenético. Morir para ella debía ser una celebración continua de la vida.

Llamaba a los amigos uno por uno y los invitaba a comer a casa. La comida se esparcía sobre la mesa como en la tienda de un supermercado. Latas sin abrir. Botes precintados de legumbres en conserva. Vino peleón junto con

botellas de champán francés. Una cena que se convertiría en aviso o prólogo de lo que después vendría. En estas reuniones hablaba a bocajarro de los intentos de suicidio de su hija: Que si su hija estaba encerrada en un psiquiátrico. Que si se había fugado con un Guardia Civil. Que si el Guardia Civil se había colgado con la cadena del lavabo. Nunca pensamos que la hija era ella, su doble: la loca, la pasionaria, la suicida. Ni ella podía saberlo entonces, siempre tan dicharachera, bromista y divertida.

Quien sabe si el suicidio no es otra de aquellas marcas familiares que se transmiten de padre a hijo como el color de los ojos o el rizo del cabello.

Cuando me buscaba siempre era con la intención de proponerme elevados objetivos. Hacer cosas juntas, y mañana mismo. Cosas como comprar y vender joyas, pintar una casa, escribir a dos manos un gran libro. Bastaba con decirle que de acuerdo, que una estaba dispuesta a convertirse en cualquier cosa que le propusieran. La intención manifiesta de que uno estaba dispuesto a colaborar con ella ya era más que suficiente para tranquilizarla. Nunca se sentía uno obligado a cumplir con los proyectos que de forma tan intempestiva ella pactaba por teléfono, estrambóticos en la mayoría de los casos pero no siempre. ¿Quién no ha pensado nunca en escribir un libro?

Para no contradecirla, aunque yo opinase lo contrario, solía darle la razón. Y le decía: adelante con eso, hay que comer marisco, no carne. Verdura hervida en lugar de garbanzos con patatas.

Durante toda su vida tuvo un físico que hacía pensar en el de Marilyn Monroe, un parecido con la actriz que ella manipulaba a conciencia y que le dio fama, mientras pudo, de mujer hermosa para pasar luego a convertirse en alguien singular, una persona distinta al resto de las mujeres de la ciudad: latinas, austeras ellas, catalanas y un tanto recatadas

con la apariencia externa. Ella no. Ella iba de rubia. Primero, de rubio natural. Luego, teñido. Es posible que la Monroe fuera su ejemplo de mujer modélica. Mala por fuera, ingenua e inocente por dentro. Vestía de un modo que también recordaba a la estrella, curvas apretadas, escotes desbocados y pechos prominentes. Arrugaba la nariz como una vedette de aspiraciones espirituales momentáneas.

El paso de los años dibujó manchas oscuras en sus manos y señaló surcos en su cara pero terminó convencida de que la inteligencia era un atributo más valioso que otras muchas cualidades físicas que ya nunca tendría. Le dolía tener que hacerse vieja aunque nunca lo dijera claramente. Ni lo insinuaba siquiera. Trataba de no ser grosera con la mirada que los otros ponían sobre ella. Si parecía una loca es que era loca.

Le gustaba rodearse de artistas. Quería saber. No quería morir sin haber hecho algo notable con su vida. ¿Una novela?

Sus carcajadas interrumpían todas las conversaciones. Bajo su ala de matrona anidaba una escuela, un orfanato y un comercio de baratijas. Apiñaba en derredor suyo niños, casas, libros, latas de comida y teléfonos. Había hecho de la conversación su lema de vida, pensaba que locos y charlatanes nunca mueren. Hablaba con los dientes y, en ocasiones, la fogosidad con la que emprendía temas de calado intelectual o profundo reducía la validez de su discurso pero ella sabía como zafarse divertida de un mal paso. Si se pintaba los labios de un rojo enfebrecido era para olvidar el declive de su intimidad vacía. Cuando el rojo desaparecía, la vida desaparecía con ella. A la vida le pedía que fuera, por encima de todo, su aliada.

Con la soledad no se llevaba bien. El último en llegar se queda sin silla, le gustaba decir. En las reuniones provocaba a sus invitados poniendo sobre el mantel las vidas interiores de las personas. Le traían un pianista a casa y ella decía que era

el mejor pianista. Conocía a un escritor y repetía hasta el cansancio que era el mejor escritor del mundo. Promocionaba nombres falsos. Quería estar en todo, saber de todo, hablar de todo. No le gustaba el sol porque decía que producía cáncer. Había dejado de fumar para evitar la muerte por asfixia. Reía a mandíbula batiente. Sus grandes carcajadas eran gritos anunciadores de su tragedia. Un auxilio que no cesaba de repetir a todo el mundo. Un serio aviso de que pensaba hacerlo. No todos los suicidas hablan de su muerte. Y ella tampoco. Aparentemente, la evitaba.

Un accidente de coche siendo joven le había partido el diente superior. El carmín de los labios ensuciaba esta parte del diente roto. Ella conocía su defecto y levantaba la punta de la lengua para burlarse del cosido que desfiguraba parte de su cara.

Tengo la impresión de que aquel desgraciado accidente había podido ser consecuencia de su manera arriesgada de querer matarse.

El coche en sus manos era una estrategia asesina. Le excitaba vivir en apartamentos altos. Elegía casas desde las cuales una caída accidental no daba opción a una segunda vida malherida. Tanta prisa tenía por salir al encuentro de la muerte que no se permitía un segundo de estar sin hacer nada. Daba la sensación de tener siempre un pie fuera de la puerta, a punto de escapar a cualquier lado.

Cuando decía no, quería decir sí.

Me pedía consejo sobre libros que deseaba leer. Dame títulos, me decía. Y antes de que yo pudiera hablarle de mis libros preferidos era ella la que trataba de involucrarme en sus lecturas. Era capaz de leer al mismo tiempo Thomas Mann, Barbara Cartland, *Guerra y Paz* y Ken Follet. Si, como he dicho, su temperamento tenía más de mujer promiscua, su cabeza no paraba de darle vueltas a la vida.

Mientras taconeaba sobre el suelo con sus zapatos altos de chica pervertida, ella pensaba, hablaba, organizaba, desunía.

Cuando fue joven, abrió en la ciudad franquista de entonces la librería más famosa de la Barcelona independiente e izquierdista. Allí, pasada la madrugada, aparecíamos los clientes nocturnos en busca y captura de algunos libros que escondíamos bajo el abrigo con el beneplácito callado de su dueña. Cuando quebró la librería habían nacido al mundo algunas decenas de lectores.

Si veía que un hombre y una mujer tenían algo que darse mutuamente, ella cruzaba las piernas y se disponía a arreglar la vida sexual de los dos desconocidos que no tardaría en incorporar a su fila de amistades. Hablar de sexo podía con ella. Todos apartaban sus ojos de aquella boca sedienta de historias amorosas. Al oírla hablar con aquella su bendita impudicia cualquiera que no la conociese hubiera dicho de ella que era una mujer experimentada en camas redondas, intercambios de pareja o desnudos integrales. Mientras que, a decir verdad, eran sus amigos los que se casaban y descasaban constantemente y ella seguía con el mismo hombre: su marido con el que casó y divorció tres veces.

Le hizo de amante, padre, hijo, psicólogo, verdugo y gran amigo. Nunca imaginamos que al final de este viaje imperial sobre los afectos duraderos, a ella podría llegar a sucederle la inevitable fuga del marido. No tenía motivo alguno para no quererla. O bien, los tenía todos para cansarse de ella. Pero, entonces, ¿por qué le hizo esperar tanto tiempo?

Las fiestas navideñas le encendían el ánimo. Convertía su casa en un escenario en rojo que tenía más de cabaret que de pesebre. Personas deprimidas y divorciados recientes eran sus favoritas. Tan aparatosa generosidad obligaba a protegerse de las invitaciones a su casa. La necesidad que

tenía de incorporar la historia de uno en la suya propia resultaba chocante para aquella ciudad pequeña en la que todo se vigilaba y se sabía al minuto. Daba miedo contagiarse de su espuma y terminar siendo tan desbordante como ella.

Tampoco le gustaba molestar al prójimo. Jamás llamaba a horas intempestivas. La inteligencia o la estupidez tienen mucho que ver con el modo en que trata uno a las personas, decía. La he visto quejarse en contadas ocasiones. Tienes que ver las cosas desde el punto de vista práctico. ¡Me lo vas a decir a mi! ¡Qué vida tan fantástica! Así era cómo hablaba ella.

Pero ahora, que según ella le había sucedido lo peor, no había diccionario de desamores que pudiera servir de ayuda a su tristeza. Su compañero de vida, el amigo de sus hijos, el padre de sus nietas la había dejado por un amor más joven y, por supuesto, menos duradero. Un amor que no olía a reproche ni a felicidad en conserva.

¿Y con ella qué? ¿Para seguir viviendo qué se hace?

Era demasiado lista para llorar en público e hizo ver que la huída del marido no le importaba demasiado. Con infantil avaricia envolvió su vida con un armario de pastillas. Tabletas para dormir, para no dormir, para comer, para no comer, para se feliz, para tranquilizarse.

En los últimos tiempos se la veía nerviosa y con una risa que le desfiguraba la cara. Los amigos la evitábamos. Daba miedo esta arrogancia tan cerca del vacío. Hablaba con un cuchillo en la boca. Solía aparecer con mucho maquillaje en el rostro, imaginando que pintada de payaso conseguía hacer más creíble su alegría. Pensaba en lo difícil que era ser mujer sin que nadie le mire a una. Suponía que la felicidad era un perfume que corría por el aire y ella se lanzaba a buscarlo.

Con las pastillas formaba una especie de tabla de damero. Las colocaba sobre la colcha de su cama y jugaba con ellas. En otros tiempos había creído en la psicología barata. Se había involucrado en la llamada medicina del alma como si se tratara de algo que amar de noche y en secreto. También había sido igual de absorbente con sus psiquiatras. Los visitaba diariamente. Los invitaba a cenar a casa. Pero ahora ya no perdía un minuto en acostarse en el diván soñado. Ahora se había convertido en una fanática de la química.

Aquella noche debió equivocarse en el muestreo de tabletas. Debió mezclarlas erróneamente o tomó pastillas a capricho. Sin contarlas. Quiso ser ella la artista de la fuga. Se mató sin saber que la historia del marido con su nueva amante ya había terminado. Aquella noche quiso dormir sin sueños extraños. No dejó instrucciones a nadie. Que nadie escriba una línea sobre mi.

La noche de su muerte, el marido vino a casa. Necesitaba contar la historia del suicidio por accidente de su mujer. Empezar desde el comienzo. Con su caudal de culpas no había por donde agarrar la pena del marido. Ahora nos involucraba a todos cuando lo cierto es que sólo un ex marido conoce la razón del por qué su esposa se ha matado.

Mis mentiras. Las mentiras de ella. El marido se preguntaba una y otra vez lo que podía haber hecho para evitar su muerte. De vez en cuando se llevaba un bocado a la boca. ¿Cómo se puede comer así la misma noche de un sepelio? Siempre me lo he preguntado. Teníamos que comer para no romper en llanto.

Pocos días antes de morir ella me buscó porque tenía que anunciarme algo.

He escrito una novela, dijo.

Una manera muy suya de incorporar mi vida en el relato de su muerte.